

el elegido ocupar esta tribuna, y a la generosidad que con él se tuvo al designarle.

Yo tengo que comenzar esta tarde de igual forma; no por pura inercia seguidora de añejas tradiciones; ni por la cortesía que aconseja presentarse como el último quien viene a hacer fugaz papel de primero; ni siquiera para aquietar la cólera de los dioses ofrendándoles mi modestia, como Polícrates les brindaba su anillo al arrojarlo al mar, sino como la exposición sencilla de una realidad ostensible.

A lo largo de los años han venido aquí a inaugurar estos cursos, personas del más alto relieve en la vida intelectual, tras haber cosechado en su actividad profesional, en su función docente, o en sus trabajos de investigación, los más preciados laureles. Y hoy se quiebra, para honra mía y tortura vuestra, esta tradición porque yo vengo aquí con las manos vacías y ayuno de méritos a exhibir con decoro a la vera de los de mis antecesores. Y como tampoco domino las galas del buen decir temo mucho que ni pueda ilustrar a nadie con mis palabras, ni siquiera expresar con decoro la gratitud que siento en estos momentos.

Y sin embargo, esta elección de mi persona, ayuna de méritos, no ha sido la consecuencia de una acelerada decisión de última hora que obliga a tomar, para salir del paso, lo que se tiene más a mano. Los rectores de esta Casa tenían decidido desde 1956 que fuera mi voz la que iniciara su actividad docente, y circunstancias de salud, por todos conocidas, han demorado este acto. Y yo no resisto a la tentación, aunque prolongue más de lo debido este preámbulo, de analizar el porqué se me ha podido conferir este señalado honor.

Porque la realidad es, señores, que yo no soy una persona de relieve. No lo he adquirido en ninguna de las dos facetas en que se bisela la actividad humana: la privada, la profesional, la utilitaria que realiza el hombre porque lo ha de menester, y la pública la que irradia hacia afuera como un quehacer

